

## La nueva ortodoxia, el marxismo, y la literatura cubana según García Vega

Estamos ya en bucle. Juan Manuel Tabío repitió las críticas de Jorge Luis Arcos; yo repetí mis réplicas; ahora Waldo Pérez Cino e Ibrahim Hernández Oramas insisten en la defensa de la literatura frente a lo que perciben, en línea con Arcos y Tabío, como un acercamiento sociológico, impertinente, espurio. Pero ellos van un poco más allá: al consabido reparo de no ser yo capaz de leer la literatura como tal, mis nuevos críticos añaden uno aún peor: Pérez Cino asimila mi crítica de García Vega a aquella odiosa crítica marxista que predominó en Cuba durante décadas. Sería yo casi un comisario; estoy, según Hernández Oramas, a un escalón del realismo socialista.

Como si yo hubiera criticado *Devastación del Hotel San Luis* por no ser *El libro negro del castrismo*, o *Ritmos acribillados* por faltarle el lenguaje claro y combativo de *Fuera del juego*. Sólo la mala fe, o la llana estulticia, pueden engendrar semejante falacia. En *Verde olivo* escribía un seudónimo: su juicio era inapelable. Lo malo no era tanto lo que dijera Leopoldo Ávila, como que no se le pudiera replicar. Que sus palabras fueran prescripción, dictamen: de ahí al ostracismo, a la cárcel incluso, había poco trecho. Las críticas que lanzó contra *Dos viejos pánicos* se habían vertido contra otras obras de Piñera desde la revista *Nuestro Tiempo*, pero entonces, en 1956 o 57, tenían una implicación muy distinta, porque el marxismo no era ideología de estado. Aunque las reseñas dijeran lo mismo, no significaban lo mismo: la diferencia no está en el texto, sino en el contexto. Los marxistas tenían ahora el poder, todo el poder.

Yo carezco de poder, de influencias. No pertenezco a ningún cenáculo o grupo, no soy catedrático de una universidad de élite. Voy, en este caso, contra lo que parece ser el criterio

mayoritario, que tiende a celebrar sin reservas *Los años de Orígenes*. Ocurre, además, que tanto “La persistencia del origenismo” como “*Los años de Orígenes: visión y ceguera*” son reacciones, a *Kaleidoscopio*, donde Arcos arremete directamente contra mi lectura del libro de García Vega, y al prólogo de Tabío, que sin nombrarme la deslegitima. La polémica, en ambos casos, no la he empezado yo, aunque ciertamente me ha servido para abundar en aquellas ideas que publiqué primero en *Límites del origenismo*. Gracias a los detractores de mi crítica a *Los años de Orígenes*, he ido profundizando en ella, pero todo estaba ya ahí, en ese libro de hace más de una década, así que los que ahora se sorprenden por lo que ven como un brote de dogmatismo no parecen estar muy al tanto de la bibliografía en torno a *Los años de Orígenes*. Alegar ahora que esta lectura mía equivale a pedir que el libro sea puesto en una lista negra, o que su autor deba ser expulsado de futuros diccionarios de la literatura cubana, mueve a risa. *P.M.* fue censurado; yo critico *Los años de Orígenes* –para ser exactos, una parte de este libro híbrido, la que tiene que ver con cierta idea de la literatura cubana, y de lo cubano. Llamo la atención sobre el fundamento marxista de “La opereta cubana de Julián del Casal”. Cito otros ensayos de García Vega, menos conocidos que *Los años de Orígenes*. Trato de encontrar el sentido que hay detrás de esa retahíla de noes que conforman su visión de la tradición cubana.

Mis nuevos críticos, en cambio, no sudan. Apenas citan a García Vega. No aportan nada nuevo a la discusión. No se toman el trabajo de refutar mis argumentos. Les basta con deslegitimar mi crítica *in toto*, tachándola de crimen de lesa literatura. Ibrahim Hernández Oramas califica *Los años de Orígenes* de novela; no hay más que hablar. La literatura es la literatura es la literatura... Según Waldo Pérez Cino, mi lectura reproduce, aunque sea con signo contrario, ese tipo de crítica centrada en el discurso que padecemos durante décadas. Se diría que, para Pérez Cino, los años noventa y los años cero no existieron. Estamos aún en 1993, reivindicando la autonomía de la

literatura frente a comisarios que nos tachan de formalistas y existencialistas... Es el mismo falso argumento que esgrimía Leonardo Padura en una entrevista con la revista *Consenso* en 2005, al afirmar: “el principal cambio que hace mi generación en la literatura de los 80 es precisamente sacar la ortodoxia política de la literatura, por eso no tiene mucho sentido que volvamos a meterla.” Esa sacralización de lo literario, que en nuestro contexto resulta cuanto menos ingenua, es justo la nueva ortodoxia a la que me refería al final de mi réplica a Tabío.

Sé que no los voy a convencer. Pero hago mía aquella frase de Beckett que García Vega cita en *Son gotas del autismo visual*: “Vuelve a fracasar; fracasa mejor”. Sigán ellos en la posición cómoda, ociosa, del señor; defendiendo una literatura que está más que a salvo, que nadie ha amenazado. Vuelvo yo a la faena, a ensuciarme las manos. Un trabajo que no equivale, claro está, a subestimar la obra literaria de García Vega, su narrativa, su poesía y los libros híbridos que escribió después. Aunque no es de mis escritores cubanos favoritos, lo considero un autor importante, y entiendo por qué se ha convertido en una referencia fundamental, casi una figura tutelar, para tantos escritores contemporáneos. Pero lo que me interesa es justamente ese otro García Vega que no tiene que ver en principio con la ficción, el diario o las memorias, y que sus admiradores y aun sus estudiosos han desapercibido bastante: el García Vega crítico de la literatura cubana.

Sarduy escribió par de ensayos sobre Lezama, presentándose como su heredero. Cabrera Infante escribió semblanzas de los autores que admiraba (Novás Calvo, Piñera, Carlos Montenegro, Lydia Cabrera), y de otros que había llegado a detestar, como Guillén y Carpentier. Arenas escribió “La isla en peso con todas sus cucarachas”, uno de los mejores ensayos que se han hecho sobre Piñera, y “La cultura popular en la actual narrativa latinoamericana”, donde elogió a Sarduy y a Cabrera Infante, y llamó a Carpentier “gran turista francés”. Carpentier escribió el prólogo de *El reino de*

*este mundo*, polemizando con los surrealistas franceses, no con otros escritores cubanos. Vitier criticó duramente *La isla en peso*, pero reconoció la grandeza de “Vida de Flora”. Gastón Baquero escribió ensayos elogiosos sobre Casal, sobre Mariano Brull, sobre Lydia Cabrera, sobre Florit.

Muy distinto, casi único, es el caso de García Vega. Ningún otro escritor cubano ha sido tan poco generoso con los demás escritores cubanos como él. Una explicación sería ese resentimiento que algunos de sus detractores han señalado. Pero no me parece que ello dé cuenta cabal de la visión suya sobre la literatura cubana. García Vega podía estar resentido con Mañach, porque dijo “no entiendo” en *Bohemia* y fue injusto con los poetas de *Orígenes*; con Sarduy, porque fue el intermediario de la lectura formalista de Lezama que hizo el boom, la cual a sus ojos, los de García Vega, lo privaba a él de su condición de discípulo del Maestro; podía estar resentido con los de *Lunes*, porque debieron reconocerlo y en su lugar lo machacaron; podía estar resentido con Carlos Enríquez, porque una vez lo miró con odio en La Habana Vieja.<sup>1</sup> Pero, ¿cómo podría él estar resentido con Enrique José Varona, con Miguel de Carrión, con Julián del Casal? Y las críticas a estos que aparecen en sus ensayos son muy semejantes a las críticas a aquellos. Los contemporáneos reciben el mismo tratamiento que los autores del pasado.

---

<sup>1</sup> “Y me encontré, por último, que yo no había tenido ningún Maestro, y esto por la sencilla razón de que el Maestro del que yo hablaba, estaba empezando a ser conocido por los jóvenes exiliados hispanoamericanos, y por lo tanto no era el Maestro mío, sino el de los verdaderos exiliados. ¡Chúpense ésa!” (“Maestro por penúltima vez”, Carlos Alberto Aguilera (ed), *La Patria Albina. Exilio, escritura y conversación en Lorenzo García Vega*, Almenara, 2016, p.161) “Hay cosas que la gente de *Lunes de Revolución* hicieron a algunos escritores que fue imperdonable, ya que en ese momento esa gente tenía el poder y tú no podías siquiera contestarle.” (Carlos Alberto Aguilera, *Lorenzo García Vega. Apuntes para la construcción de una no-poética*, Aduana Vieja, 2015, p.61) “Nadie se puede imaginar lo que fueron aquellos años. Ahí sí Cintio podrá decir que era una labor heroica. Estuvimos excluidos de una forma tremenda. Cuando tú publicabas un primer libro sabías que no habías hecho nada. [...] En ese sentido éramos como unos comiemierdas heroicos, hasta que llega la revolución y toda la gente de *Lunes...* de los que esperábamos reconocimiento, y al revés, nos combaten implacablemente y consideran casi lo peor que ha habido en Cuba. Nos apartan.”(p.62,63) En un artículo publicado en *El Nuevo Herald* en febrero de 2007, García Vega rememoraba el encuentro de Carlos Enríquez con Lezama en 1957 en una librería habanera, “esa mirada de odio” que dice “no poder olvidar”: “Era la mirada que traslucía toda la fea, horrible actitud, que una fea generación cubana (una fea generación que tuvo sus herederos en los jóvenes, influidos por Virgilio Piñera, que hicieron el horrible magazine “Lunes de Revolución”) tenía por todos los que consideraban sus enemigos (y, váyase a saber por cuáles razones patológicas consideraban enemigos a ciertas gentes que ellos sentían como expresión de una conducta decente).”

No se trata, entonces, de habituales recelos de los escritores hacia otros escritores, de los desencuentros propios de la vida literaria. Verlos así, como anécdota, restándoles importancia, es perder de vista su carácter sistemático, y su tendencia a la generalización. Incluso cuando se dirige a sus bestias negras, Virgilio Piñera y Carlos Enríquez, la crítica de García Vega tiende siempre hacia lo más general. No es Casal, es los escritores de *La Habana Elegante*. No es Miguel de Carrión o José Antonio Ramos, es la primera generación republicana. No es Mañach o Carpentier, es la segunda generación republicana. No es Sarduy o Padilla, es la “generación del areíto verbal”. Si convenimos en que es sólo a partir de la década de 1880, cuando en revistas como *La Habana Elegante* y *La Habana Literaria* la literatura emerge como cosa estética, diferenciada de la política y la crítica de costumbres, que existe tradición literaria en Cuba, habrá que reconocer que, con la excepción de algunos escritores de la generación de los ochenta, los del grupo Diáspora(s), García Vega impugnó a todas las generaciones que conforman esa tradición. Cambian los autores, los géneros literarios y las generaciones; el reparo es siempre el mismo: no superaron su circunstancia, no llegaron a conjurar el reverso, no pudieron ir más allá de lo puramente verbal...

Por variar un poco, voy a citar ahora “José Antonio Ramos en el ensayo”, publicado en la revista *Exilio* en 1971. Hay en Ramos, dice García Vega, “una extraña imposibilidad para agarrar la circunstancia” (p.113). Insiste: “quedaba aprisionado en los vicios que pretendía erradicar de su circunstancia, así como no había en los narradores cubanos de su generación un serio intento por penetrar en la situación que pretendían describir” (p.114). Remata: el caso de José Antonio Ramos es “ejemplificativo de las limitaciones y vicisitudes de nuestra literatura” (p.118) Leer por vez primera estas frases tiene un cierto efecto de *déjà vu*: las hemos encontrado en otros escritos de su autor. Pero este ensayo sobre José Antonio Ramos, seguramente escrito en Cuba cuando García Vega trabajaba en el Instituto de Literatura y Lingüística, contiene un pasaje muy significativo,

que vale la pena citar completo: “Ramos individualista. Héroes nietzscheanos... No podemos zafarnos de la tentación de acudir a un texto: se trata de los estudios sobre Literatura popular de Gramsci, donde se nos dice: "De todos modos me parece que se puede afirmar que una gran parte de la sedicente “superhumanidad” nietzscheana tiene como único origen y modelo doctoral no a Zaratustra, sino a *El Conde de Montecristo* de A. Dumas".” (p.117)

Esta crítica gramsciana de lo folletinesco parece ser una clave importante de *Los años de Orígenes*. En los *Cuadernos de la cárcel* leemos: “La novela de folletín sustituye (y favorece al mismo tiempo) el fantasear del hombre del pueblo, es un verdadero soñar con los ojos abiertos. Se puede ver lo que sostienen Freud y los psicoanalistas sobre el soñar con los ojos abiertos.” (*Literatura y vida nacional*, Lautaro, Buenos Aires, 1961, p.129) No es sólo, entonces, la idea del folletín de los años treinta, el romanticismo de los héroes comunistas como Martínez Villena, sino la idea de soñar con los ojos abiertos: eso, la crítica de eso, es fundamental en *Los años de Orígenes*. García Vega, a quien le interesaban los sueños con los ojos cerrados, lo propiamente onírico, arremete contra el ensueño característico del tipo de literatura popular que en Cuba tuvo su epítome en *El derecho de nacer*, pero que podría subyacer también, aunque no lo pareciera, en la “alta literatura”. Así como Gramsci desmitifica a muchos nietzscheanos, que en realidad estarían más influidos por Sue y Dumas que por Nietzsche, él desmitifica a Casal y a los origenistas como folletín culto, aunque no se trate en este caso del superhombre, sino de la “falsa grandeza venida a menos”, de la “mentira poética”, vista como equivalente del sentimentalismo compensatorio de la literatura popular, de ese tipo de mitos que las ficciones *pulp* manufacturan para consumo de las masas.

“José Antonio Ramos en el ensayo” vuelve a situarnos, entonces, a García Vega en un marco de referencias marxista, el mismo que ya encontrábamos en “La opereta cubana de Julián del

Casal”. Leídos juntos, el ensayo sobre Casal, el ensayo sobre Miguel de Carrión y el ensayo sobre José Antonio Ramos parecen esbozar un radicalísimo proyecto crítico que recuerda al que para la narrativa argentina llevara a cabo Viñas en *Literatura y realidad política*: “una lectura política de la literatura de nuestro país entendida como un texto único, corrido, donde la burguesía argentina habla”. (*Literatura argentina y realidad política*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1970, p.10) García Vega no era, desde luego, un marxista como Viñas, pero sí ofreció en estos ensayos críticos una idea de la literatura cubana como un texto continuo donde la pequeña burguesía cubana habla, o más bien fracasa en su intento de expresión. Fracasa por defecto o por exceso, pero siempre fracasa: no logra “agarrar la circunstancia”.

¿Qué hay detrás de este reparo sino la Revolución, entendida como la posibilidad –que no la garantía– de superar las “contradicciones” de la tradición literaria cubana? Es justo a comienzos de los sesenta que García Vega empieza a escribir ensayos; primero el prólogo a la *Antología de la novela cubana* y las notas que introducen los capítulos de novelas; luego “Miguel de Carrión en la metáfora”, publicado en 1961, “La opereta cubana de Julián del Casal”, escrito en ocasión del centenario del poeta en 1963, y finalmente “José Antonio Ramos en el ensayo”. Pero hay un cambio significativo, una solución de continuidad, entre el prólogo aquel y estos tres ensayos. Aunque termina con una larga cita de Sartre, el prólogo de la *Antología* es lezamiano: “sujeto metafórico”, “espacio contrapunteado”, “centro reminiscente”. En la línea de aquella crítica basada en el “razonamiento reminiscente” que preconizaba Lezama en su conferencia sobre Casal, García Vega ensaya “una manera de penetrar, por los momentos de indecisión, o de escaso relieve, que ha tenido nuestra literatura; salvando así, el dibujo que, a contrapelo de su insuficiencia, han trazado los que se han manifestado dentro de ella.” Intenta captar, a pesar de la pobreza o la

escasez, “la tendencia o movimiento hacia una integración.” (*Antología de la novela cubana*, Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, La Habana, 1960, p.9)

En los tres ensayos posteriores no se trata ya de hacerse una tradición a partir de fragmentos aprovechables, de llenar un vacío, sino de mirar de otro modo, exorcizar fantasmas, “liberarnos definitivamente de esas fuerzas oscuras que han tenido para nosotros el rostro de lo desvencijado y de lo roto” (“La opereta cubana de Julián del Casal”, *Los años de Orígenes*, Monte Ávila, 1979, p.58). Por lo que tuvo de radical novedad, de cosa intempestiva, la revolución de 1959 posibilitó a García Vega el distanciamiento, el *shock* necesario para tomar otra conciencia de la tradición, y verse a sí mismo desde fuera, al otro lado del espejo. Esa noción utópica de una literatura que pudiera agarrar la circunstancia y resolver las contradicciones, cortando de una buena vez el nudo gordiano, no se entiende sin el evento revolucionario, sin el horizonte abierto por el 59. Surge, como Pegaso de la sangre de Medusa, del radical cambio de circunstancia que fue la destrucción de la República.

Si comparamos los tres ensayos en cuanto al grado de severidad en los reparos, de distanciamiento entre García Vega y el objeto de su crítica, quedaría primero el de Casal, luego el de Carrión, y por último el de Ramos. Pues bien, esta gradación coincide con el canon marxista, que percibía a José Antonio Ramos como una figura de transición desde un anarquismo y antimperialismo eclécticos, lastrado por influencias nietzscheanas, idealistas, al socialismo de inspiración marxista-leninista.<sup>2</sup> García Vega reproduce, siempre con su peculiar estilo que nada

---

<sup>2</sup> “En José Antonio Ramos se da, limpiamente, la trayectoria de aquellos escritores burgueses, señalados por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, los cuales, llegados a la inteligencia teórica del movimiento histórico, se pasan a la clase que trae en sí el porvenir”. (José Antonio Portuondo, “El contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos”, *Revista Iberoamericana*, junio de 1947. Cito por *Ensayos sobre literatura cubana*, Letras Cubanas, 2011, p.164) Un elemento positivo que la crítica marxista destacaba en la obra de José Antonio Ramos es “su esperanza en las pequeñas poblaciones del interior, “exentas de esa inoculación del fraudulento extranjerismo que La Habana ha sufrido.”(p.141) Aunque García Vega no alude a esto en su ensayo, seguramente también contribuye a hacer de Ramos una figura más simpática que Casal, a quien García Vega le reprocha “desapego de nuestros campos”.

tiene en común con la prosa funcional de los doctores marxistas, esta noción: “Pero ahí estaba el camino de Damasco por los últimos años de nuestro ensayista, así como su fe en los valores humanos de una nueva sociedad sin clases.”(p.122) De Casal dice que no hay nada aprovechable; de José Antonio Ramos dice, en cambio, que “conmueve esa humanidad que en él se muestra; esa humanidad que trata de vencer los fallos de su circunstancia con el pesado fondo de una tradición confusa y contradictoria.”(p.122)

Porque Ramos, en sus últimos años, estuvo “a punto de comprender las palabras que hubieran podido borrar el confuso aparato de conceptos que la sombría de su circunstancia le había impuesto; las palabras que le hubieran dado, sin enquistamiento, la poesía de lo humano.”(p.122) Y García Vega concluye con una cita de la carta de San Pablo a los corintios, el célebre pasaje sobre lo imprescindible de la caridad. Este final recuerda, como el final de “La opereta cubana de Julián del Casal” donde llamaba a “conquistar la cristiana dignidad de la pobreza”, al Vitier contemporáneo, el de fines de los sesenta, que ya intenta una suerte de conciliación entre el marxismo y el cristianismo. Es justo la Revolución, la fe en la Revolución, ese huracán que habría venido a redimir una historia hecha de ruina, espejismos y folletín, lo que alienta la noción utópica de una literatura que pudiera captar la totalidad de lo humano.

Al exiliarse, desencantado del régimen, esa utopía quedó atrás, el castrismo pasó a ser otro episodio más de la “churumbela onírica”, como antes lo había sido la revolución del 30 que entronizara a Batista. Sólo quedó la parte crítica, aquel *no* que había surgido de un *sí*. *Los años de Orígenes* vino a ser un nuevo capítulo de aquel proyecto de revisión radical de la literatura cubana, ya sin la esperanza de una sociedad sin clases, sin la odiosa pequeña burguesía, que lo había sustentado en los años sesenta. Luego el *no* se fue haciendo cada vez más retórico, previsible, caprichoso, en textos como “Entrevista con Lydia Cabrera” y “La carne de los héroes o en un

jardín pasta René”. En este último ensayo reaparece así el reparo lanzado contra Casal, Miguel de Carrión y José Antonio Ramos: “Virgilio no llegó, pese a su *Aire frío* y, quizás por carecer de antecedentes, a revelar su circunstancia. Consecuencia de esto es que sólo llegara a ser el padre de una generación que se mantuvo en la superficie de un areíto verbal, pero aunque con ello estableció la posibilidad de que se pudieran obtener las piezas -texturas- que servirían para construir un paisaje, existió, y existe, el peligro de que esas piezas se vuelvan un apriori verbal.” (*Collages de un notario*, p.77)

Hay aquí una noción fundamentalmente antiestética de la literatura, contraria a todo formalismo, a toda celebración del “placer del texto”. Para este García Vega (que acaso entre en contradicción con el autor de libros como *Variaciones a como veredicto para sol de otras dudas* y *Erogando trizas donde gotas de lo vario pinto*), los escritores deberían superar el mero juego de palabras, llegar a captar algo que está fuera del texto. Esta noción, que tenía sentido desde premisas marxistas, se vacía, convirtiéndose en una suerte de petición de principio, cuando no franco disparate, sin aquellas.<sup>3</sup> Ojalá Rialta reedite también estos dos ensayos de la época de *Escandalar*, junto a “Miguel de Carrión en la metáfora” y “José Antonio Ramos en el ensayo”. Se vería mejor el dogmatismo que comparten, la insólita continuidad entre el García Vega revolucionario y el García Vega exiliado. Y cómo a su vituperio empedernido de la literatura cubana y de Cuba misma subyace, más que una crítica a fondo del castrismo, una imagen caricaturesca, retórica, de la República.

---

<sup>3</sup> En la entrevista que le hizo Carlos Espinosa, publicada en *Encuentro* en 2001, García Vega afirma: “Hay algo que se encuentra en *Aire frío*, la pieza autobiográfica de Virgilio, y que creo que sería un punto digno de estudio: y es que en esa obra, tan centrada en las horribles circunstancias de un momento cubano, cuando se hace referencia a Fulgencio Batista se le designa como “el mulato”. ¡Fíjate! No se le dice el tirano, ni el ladrón, ni ningún otro vejamen, sino que, como el mayor insulto, se le dice “el mulato”. ¿No es para que los críticos se acercaran a eso?” (*La Patria Albina*, p.103) Cualquiera que lea *Aire frío* puede comprobar que la manera en que Enrique, Ángel y Luz Marina se refieren a Batista no implica racismo alguno, y aun en tal caso, ello no significaría una falta de la obra en el supuesto empeño de “revelar su circunstancia”.